



"PAJARO SIN VUELO: VINCULO INCESTUOSO EN LA LITERATURA"

Dr. Javier Arteaga

"No me creerán si les digo que esperaré más de sesenta años un asesinato, esperanzada como sólo una mujer puede estarlo, y que no moví un dedo cuando al fin se acercó".

Ray Bradbury comienza así a desarrollar una historia que hubiera sido de amor, de esperanza idílica, de posibilidades humanas, a no ser porque la trama se sustenta en una grave simbiosis incestuosa.

Una vida que apenas despunta, se perfila ya en los tonos cecia de la muerte. Roger Harrison, el personaje en cuestión, nació con el alma expropiada, adherido a una madre matusalénica que en su abrazo le sofocó desde niño la avidez de ir por el mundo descubriendo maravillas. En vez de eso: larva petrificada en el capullo, promesas de vida disuelta en fantasías, sueños engrasados a otros sueños, los de una mujer que lo ama, lo odia, espera toda una vida verlo capaz de superar el cautiverio.

La madre que Bradbury presenta, no corresponde a sus relatos de futurismo o de ciencia ficción. La encontramos repetida y aumentada en nuestro entorno y suele ser motivo de luchas angustiosas en los procesos de psicoanálisis.

Anna María, la narradora, conoció a Roger en el quinto verano de su vida, un niño de cinco años también. Recuerda como los vio llegar en el gran coche fúnebre para veranear en Green Bay.

"Allí estaba él, sacando la mano para empujar al espantapájaros, una vieja bolsa de huesos y polvo de talco a la que llamaban Madre, lo que era sin duda una broma terrible".

"Estaba de pie en el césped... cuando me acerqué a él. -Hola -dije... lo toqué y corrí. El no se movió. Volví y lo toqué de nuevo... estaba a punto de corretearme - cuando la voz de ella llegó desde lejos: -¡Roger, no te ensucies la ropa!

Y Roger se alejó lentamente sin mirar atrás".

"Desde una ventana del pabellón del lago lo veía empujar por el sendero la silla de rueda, y ella enarbola-



ba el bastón como para espantar a todos los hados o furias que pudieran encontrar. "...-Cuidado, no me metas entre las flores, gracias a dios no decidimos ir a París. Iremos el año próximo".

"...Durante casi setenta años había oído prometerle -- eso al niño, al niño-hombre, al hombre, al hombre-saltamontes y a la mantis religiosa macho que era ahora, empujando a la mujer, que siempre tenía frío, envuelta en pieles, por delante de las galerías del hotel".

"Lo recuerdo cuando tenía siete años, conduciendo el coche de caballos. Iban tomados de la mano y ella decía: "-Si eres muy bueno este verano, el año próximo iremos a Londres. O el otro a más tardar". Y yo, mirándoles las caras, comparándoles los ojos, las orejas, las bocas, de modo que cuando entró a buscar una gaseosa aquel medio día, me le acerqué directamente y le -- grité: "-¡Esa no es tu mamá!" "-¡Qué!" Roger miró al rededor con pánico, como si ella pudiera estar cerca... "-¡Es una bruja que te robó cuando eras chico!" "-¡No digas eso!" -gritó él, dando un salto. "-¿Por qué no? -dije enojada-. "¿Para qué vienes aquí?. No puedes jugar a esto, no puedes jugar a lo otro, no puedes hacer nada, ¿para que sirves?... Ella dice, ella hace. ¡la conozco! ¡A media noche se cuelga del techo del dormitorio con vestidos negros!"

"-¡No digas eso!" -Roger estaba pálido de terror. -- "-¿Por qué no?". "-Porque -grimió -es cierto". Y cruzó la puerta corriendo.

"El verano en que cumplimos doce años fue cuando por un tiempo no lo detesté. Me llamó por mi nombre desde el otro lado de la puerta de alambre del pabellón y -- cuando miré, dijo con mucha calma "-Anna María, cuando yo tenga veinte años y tu también, me voy a casar contigo. "¿Quién te lo va a permitir?" -le pregunté. "Yo" -dijo. "-Acuérdate, Anna Ma. Espérame..." "-¿Me lo prometes?"... No pude sino asentir. "-¿Pero que va a pasar?..." "-Estará muerta para entonces -dijo, con mucha gravedad. Es vieja. Es vieja".

"...siguieron viniendo año tras año hasta que al fin llegamos a los veinte, y cosa que rara vez había ocurrido en todos esos años, vinieron juntos al pabellón, ella en su silla de ruedas, ahora más hundida en sus pieles que nunca, la cara como un monton de polvo blanco y pergamino doblado. Me miró mientras le ponía delante un helado de crema, y miró a Roger cuando dijo: "-Mamá, quiero que conozcas a..." "-Yo conozco a las chicas que sirven en lugares públicos, -dijo ella-. -- Acepto que existan, trabajen y se les pague. Pero en seguida olvido como se llaman".

"Se fueron un día antes de lo acostumbrado aquel año. Lo ví cuando pagaba la cuenta en la recepción del hotel. Me estrechó la mano al despedirse y no me pude contener. "-Te has olvidado -le dije... -Hace mucho tiempo me hiciste una promesa... ya tengo veinte años, y tu también". -Me tomó de nuevo de la mano, rápidamente, como si se estuviera cayendo por la borda de un barco



y fuese yo la que se iba, dejando que se ahogara.
"-¡Un año más, Anna María! ¡Dos, tres, a lo sumo!" "-Ah, no -dije desesperadamente". "-¡Cuatro años cuando más! Los médicos dicen..." "-Los médicos no saben lo que yo se, Roger. Vivirá siempre. Te enterraré a ti y a mi y beberé vino en nuestros velorios". "-¡Es una mujer enferma, Anna! ¡Dios mío, no puede sobrevivir!" "-Sobrevivirá, porque nosotros le damos fuerzas. Ella sabe -- que queremos que se muera. Eso le da energía para seguir". "-¡No puedo hablar así, no puedo!" Roger tomó el equipaje y echó a andar por el vestíbulo. "-No esperaré, Roger -dije. Al llegar a la puerta se volvió y me miró, como una mariposa clavada en la pared, tan inermé, tan pálido, que no pude decirse de nuevo".

En el verano de sus veintidos años, Roger se enteró del compromiso de Anna María con Paul, futuro administrador del hotel. No daba crédito, vino directamente al bar a hablar con ella; exigía que lo esperara un poco más, y cuando Anna le hace ver que ha esperado casi toda su vida, él responde con una frase escapada como de pronto:

"¡Anna... ¿que pasa si... si se muere este verano?"
"-No se morirá".
"-Pero si se muriera, si se empeorara, quiero decir, - en los próximos meses..." -Roger buscó mi cara. Abrevió. "-El mes próximo, Anna, dos semanas, escucha, si se muriera dentro de dos semanas, ¿esperarías, te casarías conmigo?... Me eché a llorar. "-Roger, nunca nos hemos besado siquiera, es ridículo". "-Contéstame, si se muriera dentro de una semana, dentro de siete días..." Me apretó los brazos. "-¿Pero como puedes estar seguro?"
"-¡Haré lo necesario! ¡Juro que dentro de una semana - estará muerta, o nunca volveré a molestarte!" Y salió por las puertas de alambre abiertas de par en par y corrió a la luz que era de pronto demasiado intensa.

Anna María se asombra de la determinación de Roger y le emociona sentirlo capaz de lo que ella más desea en el fondo: verlo -- hacer algo, no importa que, con tal de liberarse de aquella mujer que lo ha estrangulado desde la cuna y no afloja la cuerda. Se -- disculpa del deseo de matar a quien ha sembrado la muerte en el alma de aquel hombre pálido, que no ha respirado aire libre en toda su vida. Se solaza en las diversas formas de asesinato que conoce y le atribuye a Roger imaginación para descubrir la mejor. Finalmente da con el pensamiento más primitivo y oscuro: sorprenderla en su ataúd y atravesarle el corazón con una estaca. Es la única forma de terminar con una mujer succionadora de sangre.



"Al día siguiente lo vi empujando la silla por el mueble y pensé: ¡Sí, eso! Desaparecerá y la encontrarán - dentro de una semana, en la orilla, como un monstruo marino, flotando, toda cara, sin cuerpo. Pasó ese día. Bueno, seguramente, pensé mañana... El segundo día de la semana, el tercero, el cuarto, el quinto y el sexto pasaron, y el séptimo una de las camareras vino corriendo por el sendero, gritando. "-¡Oh, es horrible, horrible!" "-¿La señora Harrison?" -exclamé. Sentí que una sonrisa terrible que no podía dominar me aparecía en la cara. "-¡No, no, su hijo! ¡Se ha ahorcado!" "-¿Se ha ahorcado?" -dije, y me encontré, alelada, explicándole: "-No, no era él quien iba a morir, era... balbuceé. Me detuve, pues la camarera me había tomado del brazo y tironeaba. "-¡lo hemos bajado, oh, Dios, todavía está vivo, rápido!"

"¿Todavía está vivo?"... Todavía respira, sí, y camina a través de los años, sí, ¿pero vive? ¡No!. Ella fue la que sacó fuerzas y vida de la proyectada fuga de -- Roger. Nunca le perdonó que hubiese tratado de escapar".

Anna María se casó con Paul, no tuvo hijos, envidó, y en todos esos años, el destino de Roger seguía inalterable. "-Aquí, madre, ya llegamos... -y la voz se desvanecía cada vez más... ¿Cuántos años tiene ella ahora? Noventa y ocho, sí, noventa y nueve años perversos. Parecía una película de horror repetida cada año, como si el hotel no tuviera fondos suficientes para comprar una nueva y pasarla en las noches apollilladas".

En los cientos de meses que pasaron, Anna María seguía pensando que ahora por él mismo, por nadie más, Roger algún día, de algún modo destruiría al dragón de horrible cara de fuelle y manos escamosas de herrumbre. Porque Roger y solo él tenía que hacerlo.

Bradbury titula su historia: "Algunos viven como Lázaro", es decir, muertos. En ella destaca lo destructiva que puede ser la liga madre-hijo, al presentarnos la versión de una mujer apasionada.

No le alcanzan los adjetivos a Anna María cuando se refiere a la Sra. Harrison. Fantasea que Roger sea capaz de matarla, no sólo simbólicamente. La sentencia al exterminio del vampiro porque le atribuye una boca tinta en sangre de su propio hijo.

Quien lee la historia completa, se va sintiendo inevitablemente arrastrado a la tragedia de Roger y acaba por desear que la monstruosa madre muera aplastada o en un incendio del hotel. Este apa



sionamiento subjetivo es lógico antes de considerar la enorme --- fuerza de la adhesión madre-hijo. Si en este momento formáramos - parte de un gran jurado y nos pidieran examinar completo el caso y emitir un voto secreto hacia la Sra. Harrison, posiblemente no escaparía de la hoguera. No son raros estos juicios condenatorios cuando tenemos delante un paciente que ha ido siendo aniquilado - por la simbiosis formada con su madre. ¿Porqué Roger es tan inca- páz de realizar su vida sin tener que llegar hasta el asesinato? ¿Por qué tanta impotencia que lo lleva a la fuga a través del sui- cidio? ¿Cuántos Rogers hemos conocido en nuestra práctica psico- analítica?.

Ya apuntaba Freud que el individuo ordinario rara vez logra -- contrarrestar la energía con la que el niño suele adherirse a su madre. Por eso no es raro que encuentre dificultades en su rela- ción con la mujer y otros graves problemas de dependencia. El lo atribuye al conflicto entre los objetivos conscientes y la fija- ción incestuosa reprimida, que incluso puede llevar a diferentes síntomas neuróticos.

Fromm está de acuerdo en señalar la adhesión temprana a la ma- dre como piedra angular en el proceso de desarrollo, pero la enfo- ca en otros sentidos: la necesidad absoluta de protección del ser humano, sobre todo en sus primeros estadíos, la satisfacción de - su narcisismo, lo que implica el tener que ser amado incondicional- mente, su anhelo por verse libre de los riesgos que va engendran- do el conocimiento, la libertad y la responsabilidad en estadíos posteriores. "Esta adhesión pre-edípica de los niños y las niñas a sus madres, -dice textualmente Fromm- que es cualitativamente - diferente de la adhesión edípica de los niños a la madre... es -- con mucho el fenómeno más importante, en comparación con el cual los deseos incestuosos genitales del niño pequeño son absolutamen- te secundarios".

La madre es por lo regular, quien satisface las necesidades vi- tales del niño sin que él tenga que hacer nada. Esta total depen- dencia, que es cuestión de vida o muerte, liga en un nivel bioló- gico más que psicológico a ambos elementos del binomio. La dispo- sición de la madre a cuidar del hijo, funciona en ella como una - liga que tiende a preservar la vida que ha engendrado. Josefina -



Vicens lo expresa poéticamente así: "...lo que sigue (al nacimiento) ya es distinto, añadido y provocado. Ya es el amor a una conmovedora presencia sin remedio; ya es el natural cuidado a lo indefenso; ya es la zozobra ante un llanto oído; ya es la sensación de estar ante algo, tangible y nuestro, que nos prolonga". En esta tendencia, participan factores propios de su naturaleza humana y otros de carácter ideológico, cultural y muchas veces irracionales. Por ejemplo, la madre que rechaza inconscientemente al hijo y desarrolla una formación reactiva, depende anormalmente de él. Lo sobreprotegerá creando una liga de intensidad proporcional a su rechazo y por ende, lo fijará poderosamente a ella.

En la disposición natural a reproducir la vida y tratar de conservarla, que en otras especies es instintiva, en la humana se han ido decantando productos ideológicos y culturales altamente distorsionantes. Desde la mujer del paleolítico que criaba los hijos de manera natural, solo para fortalecer la especie, hasta la actual que lo hace supuestamente "para resarcir la pérdida del pene", han llovido milenios de prejuicios e ideas sobrevaloradas.

Si bien la fuerza de adhesión del niño a la madre es indiscutible, la participación de la madre en la consolidación de estas ligas no es menos fuerte. La cultura ha determinado, y en muchos casos manipulado, la orientación que se le da a los valores inherentes a la naturaleza humana. En nuestra tradición es fácil que la mujer vea en su papel materno la única vía de realización vital. Esto, lejos de favorecer la resolución de las ligas incestuosas, tiende a reforzarlas y perpetuarlas, bajo pena de quedar en el vacío existencial si los hijos se independizan. Siglos de dominación patriarcal, han empujado a la mujer a una tutela casi exclusiva sobre los hijos. Son su razón de ser, y para ellos, la madre es dadora de vida y de cualquier otro atributo de la misma. Se deben a ella. Se aprieta así un cerrojo que expone a los riesgos del vínculo incestuoso.

En estas condiciones, ¿con qué recursos contaba Roger para escapar a un destino encausado culturalmente?. Nace ya con un título de expropiación otorgado a la madre y ésta no renunciará fácilmente al ejercicio de este derecho otorgado. Si a esto agregamos que: "La tendencia a seguir vinculado a la persona maternizante y



sus equivalentes -la sangre, la familia, la tribu- es inherente a todos los hombres y mujeres" -como lo apunta Fromm-, nos quedan - muy pocas esperanzas de encontrar sujetos saludablemente desarrollados, aptos para alcanzar su individualidad, libres de tuteladas maternas y en capacidad de realizar sus auténticas posibilidades.

Casos como el de Roger, encuadran en una de los vértices del vínculo incestuoso que con mucha frecuencia implica no solo el anhelo de ser amado y protegido, sino también un enorme miedo a la madre. Advierte Fromm que este miedo "es ante todo consecuencia - del debilitamiento del sentido de fuerza e independencia de la persona; (pero) puede ser también miedo a las tendencias que encontramos en el caso de una regresión profunda: la de volver a ser amamantado o regresar al claustro materno. Estas tendencias - convierten a la madre en un caníbal peligroso, o en un monstruo que todo lo destruye. Pero... con mucha frecuencia estos temores no son primordialmente consecuencia de las fantasías regresivas - del sujeto, sino que las causa el hecho de que la madre sea en realidad una persona canivalesca, vampiresca o necrófila. Si un hijo de una mujer así, crece sin romper los vínculos con ella ... no puede escapar al miedo intenso de ser comido o destruido".

CONCLUSION

La interdependencia hijo-madre es un factor natural necesario para la sobrevivencia y extensión de las especies. En principio no tiene por qué causar efectos secundarios destructivos.

Estos, cuando ocurren, están en relación con aspectos culturales agregados. La circunstancia incestuosa será más devastadora - cuanto más sancionada sea en una comunidad. En apoyo a esto, cito para terminar a Fromm: "Lo que llamamos una persona sana depende del sistema general de referencia de una cultura dada. Entre los berserkers teutónicos un hombre 'sano' sería el que podía actuar como un animal salvaje. Este mismo hombre sería hoy un bárbaro. - Todas las formas arcaicas de experiencia mental -necrófila, narcisismo extremo, simbiosis incestuosa- que en una forma u otra han constituido lo 'normal' o hasta lo 'ideal' en culturas regresivas arcaicas, porque los hombres estaban unidos por sus tendencias ar



caicas comunes, hoy se señalan como formas graves de patología mental. En una forma menos intensa, cuando les hacen resistencia fuerzas contrarias, las fuerzas arcaicas son reprimidas, y el resultado de la represión es una 'neurosis'..."Casi todo el mundo puede regresar a la orientación arcaica, o progresar hasta el total despliegue de su personalidad. En el primer caso hablamos -- del estallido de una enfermedad mental grave; en el segundo hablamos de una recuperación espontánea de la enfermedad, o de una --- transformación de la persona en un despertar y una madurez plenos".